

PAGINA DE LOS NIÑOS



La monísima niña LYDIA FUENTES Y ALVAREZ DE LA CAMPA

Juan de Medicis

La Obediencia.—Para Eña.

Hace muchos años (fué á principios del siglo XVI), una señora de hermosa incomparable, con una niña de corta edad, esperaban en el locutorio del convento de Aunaleña. Al encontrarse solas en aquel santo lugar, la señora, en voz casi imperceptible, murmuró al oído de la niña:

—Hijo mío: acuérdate que desde hoy ya no eres Luis, y que sólo debes contestar cuando al nombre de Juanita te llamen.

Inconsciente, al parecer, aquel niño asintió con un movimiento de cabeza.

—Ni en las horas que te reunas con tus compañeras para jugar, ni en tus conversaciones con tu mejor amiga, jamás le confíes que eres Luis.

Hizo el niño un nuevo movimiento afirmativo, y fijando sus grandes y negros ojos en su mamá, sólo preguntó:

—¿Por qué no debo hacerlo?

—Hijo mío, por obedecer á tu mamá lo primero, y después porque tu reserva de hoy, será tu porvenir y el de tu familia.

Esto dijo, y aguardaron en silencio la llegada de la Superiora; muy pronto se dejaron oír los tardos pasos de la religiosa; la madre, al oírlos, volvió á repetir en voz baja al niño: "No olvides mi recomendación, hijo mío."

Al presentarse la Superiora, adelantó la madre con el niño de la mano, y con voz ablandada por las lágrimas, dijo:

—Esta es, Madre mía, la niña de quien os hablé ayer. Si un largo viaje que debo emprender mañana no me obligara, no me separaría de ella; pero voy confiada en que á nuestro lado no han de faltarle cuidados.

La religiosa se inclinó y preguntó al niño:

—¿Cómo os llamáis?

—Juanita—contestó con firmeza.

—Lleváis un lindo nombre—replicó la monja.

El niño sonrió.

A los pocos momentos se despidió la madre, y al besar á su hijo entre sollozos, volvió á decir á su hijo:

—No olvides...

—Hermana portera, ¿está por ahí la Madre Superiora?

Así clamaba furibundo el jardinero del convento de Aunaleña, cinco años después de los sucesos narrados anteriormente.

—¿Qué os pasa, mi buen Jesús?—contestaba con voz meliflua la monja.

—Nada más que lo de siempre. Mire usted, Juanita no deja una fruta en sazón, y visto que retiré todas las varas que pudieran servirle para este fin, ya no duda en escalar los árboles á puño. ¡Qué chica más atroz! Si corro tras de ella para amedrentarla, no huye, si no que me espera á la defensiva. Si la amenazo con acusarla á la Madre Superiora, contesta que le dé yo la fruta y entonces no tendría necesidad de tomársela ella. Sin parar persigue las gallinas; no teme á los perros del guarda. En fin, que no sé qué hacer.

La Superiora, llegada momentos antes, había oído todo cuando relató el jardinero.

Id en paz, Jesús, que yo pondré remedio á todo eso.

Y con una lega que pasaba por allí mandó conducir á su presencia á Juanita.

Esta compañera llena de turbación, pues presumía lo que le esperaba. Era su aspecto el más encantador que pueda soñarse. Sus bucles negros hacían precioso marco á sus azabachados ojos, á su coralina boca, á sus morenas mejillas cubiertas de una leve rojez, producida por la repulsa esperada.

—¿Qué has hecho Juanita, que tan disgustado tienes al jardinero?

—Madre Superiora: comar frutas en el huerto y jugar con los animalitos del corral.

—Que no sucesas más, pues me veré obligada á encerrarte en el calabozo.

—Doy mi palabra de que no lo haré más.

La niña inclinó su linda cabeza, volvió al jardín, y jamás se dió el caso de que reincidiera.

Así pasaron varios años más sin que Juanita desentendiera su sexo por sus palabras; pero casi hubiera sucedido por sus hechos si las monjas hubieran sido menos inocentes. Al cumplir los doce de edad, fué imposible á esta criatura dominar sus ímpetus varoniles.

En una de las grandes revueltas, que en aquella época agitaban su ciudad natal, al oír el ruido de las armas quiso escalar las tapias del jardín, y entonces ya fué imposible á su madre guardar por más tiempo en el convento, á quien á los quince años fué jefe de centenares de soldados, dirigió campañas, y mandó en combates casi siempre victoriosos.

Este niño ábuloso, recibió su bautismo de sangre al poco tiempo de salir del convento, y con él conquistó el dictado de *Invicta*. Su valor en la guerra sólo fué superado por la bondad que para los vencidos tuvo. Su generosidad lo hacía ser adorado por sus tropas, pues no se dió el caso jamás de que se apoderase de la parte de botín que le correspondía, y siempre la repartió entre sus soldados, reservándose tan sólo la gloria. Muchos autores aseguran ser él el organizador de la infantería, hasta entonces desconocida en Italia.

Muy joven murió cubierto de gloria, llorado por sus tropas como se llora á un padre: prometieron todos sus soldados guardar luto mientras vivieran, lo que cumplieron escrupulosamente. Murió de una herida de bala de falconete, la cual motivó la amputación de una pierna, y como en aquella época se desconocían los anestésicos, sufrió la operación con gran entereza, dándose el caso de sostener él mismo la antorcha á cuya luz trabajaban los cirujanos que lo operaban.

Este fué Juan de Medicis por su obediencia; pues perseguido por los enemigos de su padre, á quien asesinaron; no encontró su heroica madre otro medio para salvarlo que ocultarlo en un convento y cambiar su nombre de Luis por el de Juan como su padre.

A la sagacidad y entereza de la madre debió su salvación en la niñez; á la obediencia filial su gloriosa vida de guerrero; pues, sabido deben de tener los niños que *aquel que no sabe obedecer, malamente puede mandar.*

ANA MARIA P. DE QUIROS. Junio 10 de 1912.

Niños listos

Pepito Pérez es un muchacho que aún no ha cumplido los siete años, y ya le tienen por listo y sabio, por listo y sabio, padres, amigos, primos y hermanos. Sus travesuras tienen aplausos ya de los propios y los extraños; y todos dicen cuando es más malo: ¡Qué gracia tiene Pepe, es el diablo!

Con qué talento que se ha burlado hoy del maestro y de don Carlos, les ha hecho muecas y puesto rabos. ¡Jesús! qué mono, dice el padrastro; línce, una tía; la madre, encanto, qué listo eres, qué rico y guapo.

Y así en sus faltas tal le alientaron, que se va un completo desvergonzado. Nada resista, nada está á salvo de sus rapiñas y de sus daños. Y será en tiempo, no muy lejano, probablemente un presidiario.

De esto, amiguitos, niños amados, serán culpables, á no dudarlo, sus propios padres que le miraron cuando debieron de castigarlo.

Y es que se llama listos y sabios á muchos niños mal educados.

Fernando FLORES.

Raza que prospera

La educación física de los niños es uno de los problemas á los que más importancia dedican hoy los pueblos preocupados de su desarrollo y crecimiento. Hacer niños sanos y fuertes es hacer naciones civilizadas.

En un cuerpo saludable la inteligencia se desarrolla más fácilmente que en los cuerpos enfermizos. Por regla general la bondad se aloja con mayor preferencia en los hombres que gozan de buena salud.

La gimnasia es el problema que más preocupa en nuestros días á los organismos directores de la infancia.

Con gusto publicamos la siguiente interesante visita que hace un periodista madrileño á un colegio de Madrid, donde se practica la gimnasia sueca, método que está siendo aplicado en todos los colegios del mundo.

"El maestro me enseña—dice—los escasos aparatos con que da clase á más de 2,000 niñas y niños de las escuelas madrileñas.

La gimnasia sueca, que es el modernísimo método de cultura física, ha simplificado sobremedida el material de un Gimnasio. Ni un trapico, ni anillas, ni paralelas, nada de ese ferrageo de tablas ni de hierros que hacían de nuestros jóvenes unos perfectos acróbatas; pero no unos hombres fuertes en todo el amplio sentido de esta palabra, capaces de resistir la fatiga, sin esa interior energía, que sólo se desarrolla cuando la gimnasia no es el resultado de un método que tiraniza el organismo, sino un juego, un deporte, metodizado, sí, pero que se practica con deleite.

A todo lo largo de una pared, hay unas espalderas. En el centro de la inmensa nave, penden unas cuerdas lisas, sin nudos, y unas pértigas. Cuando estamos observando un modelo de escalera horizontal desmontable, penetran, como bandada de alegres pajarillos, las niñas de una escuela.

Todas ríen, charlan, brincan con sano deleite. Acércanse á saludar al maestro con respeto amistoso, ya que él no es un dominó con fruncido ceño y aspecto terrible, sino un amigo, al cual todos los pequeñuelos quieren, porque cuando están con él, es cuando más se divierten.

En el salón de gimnasia se han reunido 72 niñas. Las acompañan sus profesoras. Orzamos unas palabras, demandando yo de ellas algo de los resultados de la cultura física que hayan podido observar en sus alumnas: son satisfactorios, están más alegres, su carita tiene una agradable expresión de una satisfacción interna y honda. Ya las niñas tienen como predilectas diversiones los juegos en que el ejercicio físico desempeña el principal papel: la suiza, la pelota, la carrera; han logrado que sus papás se interesen en este importante problema y que los paseos de

los días festivos no sean por las polvorientas calles ni en los artificiales parques, sino á los pueblecillos que, próximos á la Sierra, se encuentran á pocos minutos de Madrid.

Durante la hora que se invierte en la clase, las niñas han ejecutado algunos movimientos de gimnasia rítmica; han trepado con asombrosa agilidad por las pulidas pértigas que, oscilantes, cuelgan del techo; después de la clase, en un patio soleado y alegre, han jugado durante un buen rato, y al terminar, las niñas de la escuela llevan en sus mejillas, rosadas levemente por el ardor del ejercicio, el sello de la salud y del vigor.

Estas niñas crecerán, se harán mujeres, serán madres; para entonces sus hijos no habrán de padecer esta falta de aire como los que nacimos demasiado temprano; sus hijos serán como ellas, rollizos, sanos, bondadosos, dóciles; sabrán querer á las flores y á los pájaros; olvidarán un poco los modos del verbo, y en cambio sabrán qué intenso es el aroma del tomillo, de la mejorana y del cantueso...

Una niña prodigio

Niños: he aquí una niña prodigiosa. Es la vivaracha y listísima Vinifreda Sockville Stoner, de apenas nue-

ve años de edad, hija del doctor Jaime Buchanan Stoner, médico de sanidad civil de Pittsburg, la cual no podía por menos de manifestarse en la América del Norte, núcleo al parecer de futuras civilizaciones, como extraordinario fenómeno de precocidad infantil.

La niña Vinifreda, orgullo de sus padres y encanto de cuantos la conocen, habla correctamente cinco lenguas vivas: inglés, francés, alemán, ruso y japonés; una muerta: el latín; y otra ni muerta ni viva: el esperanto. Pero no se contrae la precocidad de Vinifreda Stoner á la lingüística, sino que con igual pujanza se muestra en la literatura y el arte, pues ha compuesto tres libros de poesías muy elogiadas por la crítica, y pinta cuadros, toca el piano y modela bocetos escultóricos, algo más notablemente pudiera hacerlo una medianía. Sin embargo, las enciclopédicas aptitudes de la prodigiosa niña no le quitan el encanto propio de la infancia, la ingenuidad natural de los pocos años, y se entretiene con las muñecas como las vulgares muchachas de su edad, cuyos juegos comparte con todo el entusiasmo de la viveza juvenil.

La madre de Vinifreda descubrió á tiempo las excepcionales disposiciones de su hija para todo clase de conocimientos y tuvo el acierto de ser su maestra y educadora, enseñándole todo cuanto á tan temprana edad sabe por el eficazísimo procedimiento

de instruir deleitando, que sin fatiga cerebral despierta y desenvuelve las facultades de la mente. De este modo tendremos que, más bien que precocidad espontánea, es el talento de la niña Stoner una prueba de lo que puede conseguir la acertada educación cuando se aplica en condiciones favorables.

Chascarrillos

En un restaurant

—Este pollo tenía cinco años cuando lo han matado.

—¿Cómo puedes conocer tú la edad de un pollo?

—Por los dientes.

—¿Pero los pollos tienen dientes?

—No, pero los tengo yo.

Examen de Geometría

—Diga usted, joven, ¿cómo se forma un círculo?

—Pues reuniéndose varios socios y pidiendo permiso al gobernador.

Examen de Historia

—¿Cuántas guerras sostuvo España en el siglo XV?

—Seis.

—Enumérelas usted.

—Con mucho gusto. Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis.



CHICHO Y NAPOLEÓN

A bordo del "Olimpie" transmito aerograma. Napoleón conmigo viaja. Aún ama. No importa, ¡que se limpie! Saquelo Nueva York, á mil tirones.

No quería venir. Con policía metido en camarote de vapor, á fuerza pescozones. Amaneció otro día lejos de Nueva York, en la extensa región de tiburones.

Mucha mar; fuerte viento. Balanceo hace que monó cambie la peseta. Exclama vomitando: ¡Gran coqueta, por tu causa mareo en triste condición puso á infeliz y fiel Napoleón! ¡Oh a olá! ¿Qué es esto? ¡Ay desgraciado amor, como me has puesto! Contémplo con pena, Dame dolor mirarlo sobre tafo. No importa. Que vomite. Siempre es buena limpieza por arriba ó por abajo. Así echará pasión que lo envenena.

Hoy calmose la mar. Mono sigue mejor. Si la pasión curase, no lo sa. Puede ser malestar, ó puede ser amor lo que le haga exclamar: ¡Quiero te, quiero te ¡Ay! Quiero te!

Encontrando pesada travesía, propásose ahuyentar aburrimiento. Hallándose pasaje medio día en cubierta tomando fresco viento, díjeles que ni mono era señor prestidigitador.

Preparada enseguida la función en rostros todos: alegría veo. Sobre mesa subió Napoleón dispuesto escamoteo. Sin usar disimulo, los años á jamona presumida acertó en alta voz, por carambola. Esta sintiose herida, y cuál si fuera mulo le dió á Napoleón patada en cola. Después escondió yo reloj sehora que se hallaba allí. Pregúntele: "¿El reloj dónde se encuentra? Di. Señalando señor me dijo: "Aquí; el caballero este lo tragó y en el pecho le suena tiqui-ti." Tívele que auxillar ó lo tirán al mar. Última suerte le costó disgusto. Mi mono preguntó: "¿Qué quieren ver? Dispuesto estoy al punto darles gusto." Y contestóle una: "Antes que se aproxime oscurecer quisiera ver la luna." Caminando despacio acercose á sujetar que en rincón leía con anhelo

poetas de Horacio. Con mucha precaución cogióle pelo por cerca de la nuca; dándole gran tirón hizo volar muy alto por espacio negrísima peluca. El hombre que era calvo por completo mostraron luna llena. Levántase sujeto, alza la pata y suena en parte posterior Napoleón ruido que parecía de cañón. Del puntapié fué dar sobre palo mayor. Mandáronle bajar y contestó prestidigitador gritando con encono: "Si quieren divertirse, compren mono ó jueguen, buenas gentes, con tierra y un palillo de los dientes.

No puedo conseguir que se baje del palo. Por señas dá entender que cuenta ir con tiempo bueno ó malo en esa posición estrafalaria. Lo tomara cualquiera en el puesto que mono va, bandera casa consignataria. Los comestibles hay que dárselos de "fly."

Estancia Nueva York; árnica, tifo, aerograma, pasajes de esta ruta, dejáronme sin "kilo". Manden cable París "harina bruta".

CHICHO.



